

ANOTACIONES

Hay en Colombia un movimiento literario de consideración, y conviene estudiar su dirección y sus tendencias, para deducir de este análisis cuáles sean los ideales que aspira a realizar la generación presente, y si ellos corresponden a las exigencias de la época y a las condiciones de nuestro pueblo. Contamos con personalidades que honrarían a cualquier país de nuestra raza, pero no se ha averiguado si ellas son postreros representantes de una tradición gloriosa o impulsores de nuevas corrientes artísticas. Hay cierta indecisión en el espectáculo que presentan nuestras letras, reflejo quizá de la incertidumbre que se nota en el horizonte intelectual de los más adelantados países del mundo.

Hay en nuestra literatura ciertos períodos que presentan rasgos característicos inconfundibles: tales son, por ejemplo, el que tuvo por centro a la célebre expedición botánica de Mutis, y se distingue por el cultivo de la literatura científica: el del romanticismo, que dio al país algunos de sus más grandes poetas; el de reacción realista caracterizada por la afición a los cuadros de costumbres y a la poesía festiva y popular; el de inspiración académica y gusto español, que puede personificarse en la egregia figura de Miguel Antonio Caro que influyó hasta en los escritores menos amigos de la tradición, pues si fueron elengantísimos y correctos estilistas Cuervo y Ortiz, Arboleda y Caicedo Rojas, no les fueron en zaga Núñez, Santiago Pérez, Becerra y Felipe Zapata, y, finalmente, el de decadentismo, que abandonó las huellas luminosas de la generación anterior y se lanzó por el camino de las novedades más o menos justificadas y felices. Ese movimiento pasó: y hoy no hay una dirección clara y definida; una influencia

poderosa que encauce las energías dispersas y aúne las voluntades en la realización de un ideal común.

Cuál debería ser éste? Difícil dar una respuesta categórica, que revelaría en quienes la formularan, sin atenuaciones, mucho de vanidosa presunción. Habría, además, que distinguir entre los distintos géneros literarios, y tomar en consideración las lecciones que puedan ofrecernos otros países de nuestras mismas condiciones étnicas y sociales. De una manera general podría declararse que, dadas las circunstancias en que hoy se encuentra nuestra nación y el desarrollo que ha alcanzado, la literatura debe tender a desenvolver la mayor suma de elementos espirituales de los que caracterizan, de modo especial, al pueblo colombiano y poner de relieve los rasgos originales de su fisonomía. Hoy se discute mucho la tesis de si es posible o no que las repúblicas hispanoamericanas tengan una literatura verdaderamente nacional; materia complicada en que es preciso hacer algunas distinciones. Si se quiere dar a entender una literatura que no tenga relación con la española, la tesis es absurda, pues mientras hablemos castellano y vivamos en comunión espiritual con el alma de la raza, nuestro arte será fundamentalmente español aun cuando pueda y deba presentar variedades que lo distinguan y le den carácter propio y personalidad digna de tenerse en cuenta. En este camino se puede llegar a devolver a la Madre Patria la influencia inicial de ella recibida, por medio de reacciones oportunas y enérgicas. Ahí está el caso de Rubén Darío que, aun cuando era un espíritu francés no pretendió emanciparse de la tradición castiza; y de este modo, después de haber ido por primera vez a España en busca de consagración para su genio, volvió luégo de la península como maestro de una nueva generación literaria.

Podemos y debemos aspirar a que la poesía y la épica o narrativa celebren nuestros héroes, canten nuestras tradiciones, describan los primores de la naturaleza en esta zona privilegiada, y den expresión enérgica y perdurable a los rasgos peculiares de nuestro pueblo. Aún en la manifestación poética de los estados de alma más íntimos, cabe originalidad de país a país. Críticos europeos han notado que la poesía erótica del Brasil se distingue por la expresión ardiente y sensual de la pasión, de la de los otros pueblos latinos, y manifiesta bien la índole de la raza que habita ese gran país de luz y de fuego. La poesía descriptiva brasileña, aun tratada por escritores de gusto clásico, es tan original como los paisajes fantásticos que la inspiran. Nosotros tenemos antecedentes dignos de memoria y de imitación, y no puede olvidarse que el gran Menéndez y Pelayo, dijo, hablando del poema sobre el maíz de Gutiérrez González, que si la poesía colombiana tuviera muchas obras como ésa, sería la más original de la América española. Y en cuanto a poetas de escuela clásica, como Ortiz, conviene observar que este gran lírico nunca es tan virgiliano como cuando traza, con elegancia y precisión de líneas, cuadros de la naturaleza andina. Y Caro, el traductor de Virgilio, tal vez bebió en ciertos pasajes de la *Eneida*, patéticos y grandiosos al par, esa inspiración solemne que halla la fórmula eterna para expresar los grandes sentimientos humanos y da a cada estrofa de la oda *A la estatua del Libertador*, el relieve y la perennidad del bronce.

Pudiéramos multiplicar las citas para comprobar que nuestros grandes poetas, ya se hayan inspirado en la antigüedad o en la literatura española, ya en la poesía italiana, francesa o inglesa, han perpetrado, en versos magníficos, algo propio y expresivo de la tierra natal, y han sido, no sólo poetas nacidos en Colombia, sino

poetas *colombianos*. Si tuviéramos autoridad para dar consejos, recomendaríamos a la generación nueva que procure empeñosamente ponerse en comunicación directa con las obras de esos grandes maestros para restaurar la cadena de la tradición nacional, rota por el desdén soberbio de quienes creyeron que antes de la aparición del modernismo no había nada digno de leerse en Colombia (1).

El teatro, que ha sido hasta ahora rama más débil que la lírica, presenta, desde sus orígenes, la doble tendencia erudita y nacional, pròducto de la primera de imitación literaria, en cuanto a la forma escogida por nuestros poetas, que fue la de tragedia pseudo-clásica, y fruto, la segunda, de chispeante observación de las costumbres. Ahí están, por un lado, *Atala y Sugamuxi*, y del otro, el sainete de *Las Convulsiones*, única reliquia sobreviviente de toda aquella literatura. Esa misma doble corriente se manifiesta hacia mediados del pasado siglo, con obras tan desemejantes como el *Jacobo Molay* y *El Castillo de Berkley*, ensayos juveniles de don Santiago Pérez, y las comedias de don José María Samper, v. gr., *Un Alcalde a la antigua* y *dos primos a la moderna*.

Hoy se nota entre nosotros un activo movimiento teatral, sostenido principalmente por un grupo de jóvenes, inteligentes y decididos, que han consagrado todas sus energías a lograr que el gérmen, que durante un

(1) Los buenos poetas de hoy, aun los de tendencia más francesa, han tratado temas americanos, y se formaría un precioso ramillete con piezas como el *Canto a Popayán*, de Valencia; *Tropical*, de Arciniegas; *Salva*, de Diego Uribe; *El Magdalena*, de Grillo; *Recuerdos de fiestas*, de Casas; y numerosas piezas de Flórez, Gómez Jaime, Cornelio Hispano, José Eustasio Rivera, etc. Es de notarse que José Asunción Silva, el más parisiense de nuestros poetas, es el que tiene en sus versos un más grato perfume bog otano.

siglo apenas se había desarrollado, adquiriera vigor y se cubra de flores. Ese grupo, digno de todo estímulo y aplauso, ha llegado a tiempo, y sus esfuerzos se han encaminado en la dirección de la moderna y brillantísima escuela contemporánea. Es indudable que el teatro es hoy, en España, uno de los géneros que se cultivan con éxito más lisonjero. El gran maestro Benavente, los hermanos Quintero, Linares Rivas, Martínez Sierra, los catalanes Rusiñol e Iglesias y otros varios ingenios, han creado un teatro profundamente distinto del grandioso pero falso de Echegaray; más sencillo que éste, más humano, que no exige para sus piezas, lances tremebundos, y se contenta con asuntos tomados de la vida diaria. Antes no se hubiera creído que podía mantenerse suspenso al público durante la representación de una pieza en que no pasa casi nada, que apenas tiene trama y cuyo interés estriba en haber sabido dar ambiente artístico a escenas tomadas de la humilde realidad y en haber tocado hábilmente fibras muy delicadas del sentimiento. En otro tiempo se decía aquí que el teatro no prosperaba porque no había en nuestra sociedad incipiente y poco complicada temas dramáticos, y esto es explicable porque entonces se consideraba que no había drama, donde no hubiese una terrible crisis pasional o un asunto romántico y legendario. Señalado otro camino más llano por los citados maestros, es más fácil para nuestros ingenios hallar materia dramática en la uniformidad algo gris de nuestra vida social: no plantearán tesis tan hondas ni presentarán conflictos tan tremendos como Dumas o Bernstein; mas harán vívidos traslados de escenas y lances de que todos hemos podido ser testigos; pero que sólo el artista logra revestir de interés y de poesía. Gran mérito es sorprender y analizar un instante, por rápido que sea, de la vida; un fragmento por modesto que

sea su apariencia, de la realidad! Así como el microscopio agranda y precisa los más pequeños objetos y anima e intensifica a nuestros ojos los movimientos vitales de corpúsculos invisibles, el arte, haciendo uso de su poderoso lente, realza lo pequeño, dignifica lo insignificante y halla el interés humano, la lucha dramática, que están latentes en un hecho aparentemente vulgar e incoloro, en una crónica de policía, en un anécdota periodística. Durante muchos años, sólo de tarde en tarde subía a la escena una pieza nacional: ahora, en pocos meses, hemos visto representar, por autores dignos de este nombre y con grande aplauso, las obras de Valenzuela, Rivas y Lorenzana; triunfos que, unidos a los que obtuvo no há mucho Alvarez Lleras, y a los que probablemente alcanzarán con otras piezas, estos mismos autores y Restrepo Gómez, Castello, Gómez Corena, Martínez Rivas, etc., permiten esperar, para plazo no muy lejano, la formación de un teatro nacional. Ni sería bien que el drama poético desapareciera, por lo cual vemos con gusto que al lado de las manifestaciones ya citadas, de ejecución realista, aparezcan las creaciones ideales con que la musa juvenil de Angel María Céspedes deslumbra nuestra fantasía y halaga blandamente el oído.

La novela tiene pocos ilustres antecedentes en Colombia, ya en la forma idílica de la *María*, ya en la narración realista ensayada, desde 1866 por don Eugenio Díaz, en *La Manuela*, y por insignes costumbristas de la época del *Mosaico*, a quienes debemos algunas de las mejores páginas de la literatura nacional. Modernamente en Antioquia ha lucido una escuela de novelistas regionales, entre los cuales sobresale Tomás Carrasquilla, cuyos *Frutos de mi tierra* fueron celebrados por Pereda. Esos escritores han demostrado que lo regional, bien entendido, puede dar tema a obras que sean aplaudidas.

fuera del círculo del lugar de la provincia. *Pax*, producción del ingenio bogotano, no podía tener ese carácter, porque aquí no existe el regionalismo, pero sí es efecto de costumbres nacionales, vistas por uno de sus aspectos más dramáticos y también menos amables, por el lado de las luchas políticas y de las convulsiones civiles. *Pax*, por gran parte de su contenido, es obra de significación hispanoamericana, aplicable a la mayor parte de nuestras repúblicas; y no obstante los lunares de estilo y lenguaje que le señaló una crítica doctísima y a pesar de sus irregularidades de composición, es de lo más original y al propio tiempo de lo más castizo que tenemos. El éxito envidiable obtenido por Carrasquilla y por Marroquín convida a los jóvenes a explotar el no infecundo venero de la novela de costumbres; pintando «tipos y paisajes»; aldeanos de nuestras sabanas, trajinantes de nuestros caminos, habitantes de las montañas y de los páramos, placeras y negociantes, y, por otro lado, caballeros y damas, políticos y hacendados, comerciantes y banqueros, poetas y periodistas, todo, en fin, cuanto bulle y se agita en el seno de esta sociedad, tan arraigada, por ciertos aspectos, a lo pasado, y ya tan influída por nuevos elementos, que están operando en ella una gran transformación. Páginas muy hermosas de este género tiene la novela de Clímaco Soto Borda, *Diana la Cazadora*. Dichosa la pluma que acierte a perpetuar algunos rasgos típicos que aún guardan, como ejecutorias del tiempo viejo, nuestras ciudades, algunas fisonomías que no hemos de volver a ver; ciertas costumbres en que se percibe el olor de incienso de la Colonia o el perfume de las rosas de los tiempos de Bolívar; la tradición, en una palabra, a que todo pueblo civilizado debe rendir cariñoso y reverente culto! Lean nuestros jóvenes las páginas embalsamadas de Caicedo Rojas, que deberían ser populares, si hubiera

aquí, de verdad, gusto literario; y sigan por ese camino que conduce a la gloria.

Hay antecedentes que obligan por ser honrosos para una nación. No es indiferente que naciera en Bogotá Rufino José Cuervo, uno de los más ilustres filólogos de la raza española; ni que aquí hayan dado sus enseñanzas Caro y González Manrique, Uricoechea y Suárez. Con justicia pudo decirse que la doctrina de Bello había tenido mejores intérpretes en Colombia que en Venezuela y en Chile: ahí están las obras gramaticales de Marroquín e Isaza, Guzmán y Marulanda y otros muchos. Esta propaganda dio sus frutos y de ahí la fama de corrección de que han gozado los escritores colombianos. Hoy podría darse esa tradición filológica por olvidada, si no viéramos publicaciones como *La llave del griego* del P. Félix Restrepo, autor también de un preciso tratado de semántica, y si no se estuviera formando, bajo una disciplina verdaderamente científica, Manuel José Casas, nieto de González Manrique, el cual promete ser un prodigio como lingüista (1). En América hay muchos sabios que se ocupan en estas materias, especialmente en lo relacionado con las lenguas indígenas y los provincialismos; y se publican trabajos como la obra monumental *Diccionario de chilenismos* del doctor Román. Es preciso que no se quede atrás el país que se honra con aquel libro de oro titulado *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

Con placer anotamos que los estudios históricos tienen hoy grande atractivo para la juventud. La Academia Nacional de Historia es un centro benemérito de la Patria, y sus trabajos son cada día de mayor valor. Hay allí veteranos que tienen en su haber obras de alto

(1) El ilustrado sacerdote doctor Héctor Hernández acaba de publicar un precioso y utilísimo libro titulado *El latín enseñado como lengua viva*.

mérito, como Restrepo Tirado, Ibáñez, Posada, León Gómez, Henao y Arrubla; y fuera de ellos, unos cuantos jóvenes que estudian y trabajan con patriotismo, inteligencia y decisión. Allí están Luis Augusto Cuervo y Nicolás García Zamudio; José María Restrepo y Fabio Lozano y Lozano, Cortázar, Durán y Villaveces, etc., y descollando, en puesto preeminente, Raimundo Rivas, uno de los más vigorosos talentos y de los trabajadores más afortunados de la generación juvenil. Conocen ellos los modernos métodos que sigue la historia en los pueblos cultos; se han formado en una severa disciplina; en el estudio de nuestros poco explorados archivos; se han encariñado con la época de la guerra magna, con las grandes figuras de la antigua Colombia; y saben que la verdadera historia, para distinguirse de los trabajos del puro analista, requiere el auxilio del arte literario. Quienes se han educado en el estudio de las magnas obras de Taine y de Sorel, de Houssaye y de Vandal, no ignoran que fueron hechas sobre sólidos cimientos de una investigación minuciosa y de primera mano, que dio consistencia a tan elegantes y vastas construcciones. La escrupulosidad del erudito en nada perjudica la labor del artista. Es de esperarse que la activa elaboración que hoy se advierte dé al fin por resultado, no solamente monografías y estudios aislados, sino una obra fundamental, digna de ponerse al lado de las de Baralt, González Suárez, Alamán y Barros Arana. Con graves dificultades tropieza el que quiera consagrarse aquí a la realización de una obra de grande empeño: en ninguna parte el investigador tiene que ejecutar por sí solo mayor cantidad de trabajos preliminares, empezando por orientarse en el dedalo de los archivos; y la lucha por la vida urge a los más de nuestros historiógrafos, esterba la continuidad de sus labores y distrae su mente a ocupaciones de carácter práctico.

Pero estos obstáculos hacen más meritorio el esfuerzo y harán más brillante el triunfo: hay que vencer! debe ser la enseña de nuestra juventud estudiosa.

De grande autoridad sería una crítica autorizada, que sirviera de estímulo y de freno, y que, estableciendo oportunas comparaciones, diera a la producción nacional la importancia que realmente tenga, sin entusiasmos pueriles ni desalentadores desdenes. Pero la crítica no puede ejercerse por inspiración espontánea, ni debe limitarse al estrecho círculo de lo presente: necesita un criterio histórico que la fundamente, y que evite la exageración con que suelen estimarse por los espíritus impresionables las exhibiciones de la moda. De aquí los errores de apreciación de que han sido víctimas los que queriendo prescindir sistemáticamente de lo pasado, se han cerrado toda perspectiva y han convertido en gigantes a ídolos del día, cuyas dimensiones reduciría mucho las de posteridad. No negamos que es difícil y escasa esa crítica de doble faz, que estudia con amor lo que fue y explora con ojo avisor lo que va trayendo el paso renovador del tiempo; pero no hay otra que sea digna de ese magisterio. Es la que ejerció Brunetière, idólatra de la literatura clásica del gran siglo francés y benévolo apreciador de ciertas manifestaciones del simbolismo; la que cultivó Valera, espíritu educado en el más alto helenismo y encomiador del *Azul* de Rubén Darío, cuando éste apenas iniciaba su carrera. Aquí se necesita entrar en comunicación estrecha con la juventud, darse cuenta de sus tendencias y aspiraciones, impulsarlas por camino amplio y seguro; y aplaudir sin reserva todo esfuerzo bien encaminado, toda manifestación auténtica de talento, reprimiendo con severidad inexorable todo movimiento de envidia. Porque hay que decir la verdad: la envidia es vicio que esteriliza aquí muchas buenas disposiciones;

y que desgraciadamente se manifiesta aun en personalidades que tienen méritos bastantes para lucir por sí solas, sin temor a la competencia de otros rivales. Parece como si la obra que un joven ejecuta, significara un robo hecho a la riqueza por otros acumulada; y hay quien se goza con el fracaso de nobles aspiraciones; con las dificultades que encuentra el que da los primeros y trabajosos pasos por la senda del arte, con los sarcasmos y epigramas que suelen ser único premio de arduas y desinteresadas labores. No proceden así las almas verdaderamente superiores: ellas están prontas a prodigar el estímulo y el aplauso. Tal fue la conducta de nuestros grandes maestros de otra época, tal es la de los hombres ilustres que aún nos quedan. Pero como el germen del vicio existe, conviene exhibirlo en su repugnante fealdad, para su corrección y enmienda.

Es peligroso tratar de ejercer de profetas; pero tal vez no se equivoque quien prediga que esta horrenda conmoción de la guerra europea, que ha llevado a su grado máximo de desarrollo todas las energías, hará desaparecer esa literatura nebulosa, incoherente y enfermiza, de que tanto se abusó en Francia y por remedo de Francia, en todas partes; y que uno de los mejores periodistas de ese país, Arturo Meyer, consideraba, en artículo publicado en el *Gaulois* a los comienzos de la guerra, como fruto natural del desastre del setenta, que de tan seria manera conmovió el espíritu francés. Parece imposible que después de esta guerra, en que han estado en lucha los intereses vitales de las más ilustres nacionalidades, la literatura y el arte no se impregnen más profundamente del jugo nacional, no arraiguen, de modo más firme, en la tradición que les ha dado su secular grandeza y majestad; y no aspiren a realizar, en vez de concepciones herméticas, cuya llave

sólo poseen pequeños cenáculos de iniciados, un ideal más grande y más humano que eduque y vigorice al pueblo e infunda sangre nueva en sus venas. De manera análoga la literatura colombiana debe aspirar a realizar una obra verdaderamente nacional, que sin desligarse de las influencias europeas, exprese el alma de este pueblo y las aspiraciones de la raza. Estamos en un momento solemne en que Colombia tiene la obligación de afirmar enérgicamente ante el mundo su personalidad, de realizar la unión estrecha de todos sus elementos para hacer frente al embate de fuerzas extrañas y conquistar, de manera definitiva, el puesto que le corresponde en el mundo americano. En todos los campos de la actividad intelectual, en la oratoria y en las ciencias políticas, cabe expresar las modalidades del genio patrio, sin que las obras dejen de llevar impreso el sello de la mente que las concibió, del artista que les dio forma. Esa literatura para expresar el alma colombiana, debe unir, en alianza estrecha, la tendencia tradicional y religiosa y ese espíritu de curiosidad científica y de libertad intelectual que aparece aquí desde los tiempos de Caldas y Nariño; el respeto a la herencia española y castiza y el amor a la independencia política y a la autonomía de criterio, en cuanto atañe al interés nacional. Estamos, con relación a España, como ésta lo estuvo respecto de Roma: Viriato resistió a la dominación extranjera, pero la literatura latina fue enriquecida por los Sénecas y Lucanos; igualmente, nuestros próceres lucharon contra la dominación política de España; pero Bello y Baralt, Caro y Cuervo y muchos más han contribuido eficazmente al embellecimiento y al esplendor de la lengua y la literatura castellanas.

Hoy mismo, nuestra contribución no es despreciable; pues no son muchos los países americanos que puedan citar, entre otros nombres ilustres, los de un

escritor clásico como Marco Fidel Suárez, de un pensador como Rafael M. Carrasquilla, de un poeta como Guillermo Valencia, de un publicista internacional como Santiago Pérez Triana, de un conocedor profundo de las literaturas extranjeras como Sanín Cano, de oradores como Cortés Lee, Concha y Esguerra; además de ciencia, varios de ellos de gran renombre, pero cuyos estudios no pueden ser juzgados por pluma profana como la nuestra. Finalmente, nuestro periodismo, si bien es cierto que tiene menos radio de acción y menos elementos que el de otras Repúblicas, forma un cuerpo respetable por el número y la calidad de sus escritores; y sin lisonja puede decirse que nuestras revistas no desmerecen de las mejor servidas de América, que la prensa diaria está escrita con una corrección desusada en estos países y con frecuencia publica artículos diarios de la más elegante factura literaria.

Los buenos elementos que existen y cuya importancia nos hemos complacido en reconocer, adquirirían mayor eficacia si el público les prestara activa cooperación, dando más fuerte resonancia a las manifestaciones de la literatura y el arte, como ocurre en los países donde la labor intelectual halla la debida recompensa. No puede negarse que aquí los escritores suelen vivir en desesperante monólogo y que las más felices iniciativas quedan sin resultado, porque el público no corresponde a ellas, ya sea con sus aplausos, ya con sus atinadas observaciones. Uno de los mayores placeres para el pensador o para el artista consiste en que sus ideas y concepciones vayan a iluminar otros cerebros, a hacer palpitar otros corazones, a fecundar gérmenes que quizá sin este influjo habrían permanecido inertes. La voz que clama en el desierto al cabo se debilita y se extingue. No se trata del provecho material que en otros países premia con generosidad

soberana los éxitos intelectuales: aquí nadie ha pensado en vivir de su pluma, y menos que nadie los poetas. Se trata de algo más noble y elevado, más digno de los antecedentes de este país; esto es, de que el escritor halle abiertas las puertas de la comprensión y de la simpatía; que se estime la dignidad de su esfuerzo, y tenga la satisfacción de comprobar que su nombre no es un eco vano, pues sus compatriotas, si no lo han recompensado, por lo menos lo han entendido. Y para los espíritus altos, con esto basta ...

ANTONIO GOMEZ RESTREPO.

(De *Hispanoamérica* de Caracas)

MARIO VALENZUELA

A los ochenta y seis años de edad, el día 7 del pasado abril, falleció en la ciudad de Panamá el reverendo padre Mario Valenzuela, de la Compañía de Jesús.

Religioso empapado en el espíritu de su instituto, patriota auténtico, peritísimo institutor, sabio en ciencias divinas y humanas, escritor elegante, inspirado poeta y, sobre todo, santo, hasta donde es lícito el calificativo para quien no está canonizado por la Iglesia, ha dejado cubiertas de luto a la orden de san Ignacio, a la nación colombiana, la cátedra escolar, la ciencia y la poesía. En cambio ha regocijado con su muerte a los ángeles y a las almas bienaventuradas del cielo.

En mí, esta pérdida ha renovado el dolor de otras muchas; ha roto uno de los últimos eslabones que ligaban mi activa juventud a los días cansados que Dios se ha dignado concederme y diría que me había arrancado uno de mis más arraigados afectos, si yo no amara, con mayor ternura que a los vivos, a los amigos que se me han adelantado en el viaje a la eternidad.